
HISTORIA

MÍNIMA

DEL

siglo XX

John Lukacs

Soloreiusdam que aut volorrerem vel entur?

Labo. Lut excessint. To maio. Laborem volendior audae
vel is voluptisciae consequaerum quidele ndictum ium

*Historia mínima
del siglo XX*

JOHN LUKACS

TRADUCCIÓN DE JOSÉ ANTONIO MONTANO



EL COLEGIO DE MÉXICO



Título original:
A Short History of the Twentieth Century
© John Lukacs, 2013

Edición original en inglés:
The Belknap Press of Harvard University Press, 2013

De esta edición:
© Turner Publicaciones S. L., 2014
Rafael Calvo, 42
28010 Madrid
www.turnerlibros.com

DR © El Colegio de México, A. C.
Camino al Ajusco 20
Pedregal de Santa Teresa
10740 México, D. F.
www.colmex.mx

Primera edición: septiembre de 2014

ISBN: 978-84-16142-84-2

Diseño de la colección:
Sánchez / Lacasta

De la traducción: © José Antonio Montano, 2014

La editorial agradece todos los comentarios y
observaciones:
turner@turnerlibros.com

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra, ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

ÍNDICE

- I
'Dios escribe derecho con renglones torcidos'
- II
'Ya solo hay guerras entre pueblos'
- III
'Autodeterminación nacional'
- IV
'¡Hermanos cosacos!'
- V
Sin nostalgia por 'el mundo de ayer'
- VI
Al sur de la frontera y allende el Pacífico
- VII
'Clase media' no es 'burguesía'
- VIII
'Yo era nacionalista, pero no patriota'
- IX
La ola del futuro
- X
'Espero que no sea demasiado tarde'

XI

Someter y conquistar Alemania y Japón

XII

La casi completa división de Europa

XIII

El audaz Harry Truman

XIV

Nacionalismo estadounidense, benevolencia
estadounidense

XV

'Europa' y el final de la guerra fría

XVI

'El gran salto adelante'

XVII

Los límites del conocimiento humano

I

'DIOS ESCRIBE DERECHO CON RENGLONES TORCIDOS'

'Siglo' - Un siglo estadounidense - La potencialidad de Alemania - El papel decisivo de Hitler - ¿1989 o 1945? - La presencia de la superpotencia estadounidense - Stalin y el repliegue del poder ruso - El fin del colonialismo - Recuperación y ascenso de China - El fin de la Edad Moderna o europea - De la democracia liberal a la universalidad de la soberanía popular

No existe, hasta donde se me alcanza, ninguna historia seria del siglo xx; pero solventarlo no es el propósito exacto de esta obra. He vivido buena parte del siglo xx. He participado en algunos de sus acontecimientos, y me he ocupado de ellos como historiador. Durante toda mi vida he sostenido, enseñado y escrito que aspirar a una historia "objetiva" y "científica" es un error, como también lo es aspirar a una historia "subjetiva". Al igual que casi todos los tipos de conocimiento humano, el histórico es personal y participativo, desde el instante en que, aunque no sean idénticos, el que conoce y lo conocido nunca se dan por separado ni pueden separarse del todo. No poseemos enteramente la verdad, pero debemos buscarla. Buscar, pues, las muchas verdades -al parecer incontables e incompletas- de la historia del siglo xx es algo que merece la pena todavía, y quizá siempre.

Sirva a modo de premisa filosófica. El conocimiento o, mejor dicho, la comprensión de la historia tiene menos que ver con la definición que con la descripción. Consiste en palabras y frases que no pueden separarse de los “hechos”, que no se limitan a ser un envoltorio de los hechos. “En el principio era el Verbo”, y así será en el fin del mundo.

Algo sobre el término *century*: su significado actual de siglo no lo adquirió hasta mediados del siglo xvii, cuando apareció en inglés y en francés. Antes se refería a un regimiento de cien soldados; en latín, *centuria* (de donde viene *centurión*, su jefe). El significado nuevo fue un síntoma del surgimiento de la conciencia histórica. Como lo fue ponerles nombre a las tres edades: Antigua, Media y Moderna. Los hombres de la Edad Media no sabían que eran medievales. Sabían que las cosas estaban cambiando -unas para peor, otras para mejor-, pero nada más. *El otoño de la Edad Media*, el libro del gran historiador holandés Johan Huizinga, se publicó en 1920. Quinientos años antes, nadie, o casi nadie, habría entendido lo que significaba ese título. En el siglo xx nuestra conciencia histórica se ha desarrollado tanto, y en tantos aspectos, que va cundiendo la percepción de que nos hallamos ante el otoño de la Edad Moderna. Aún es más clara la percepción de que el siglo xx ha supuesto también el fin de la Edad Europea, que es otro importante tema, o subtema, del presente libro. A esto hay que añadir que el siglo xx ha sido (atendiendo a la historia y no a los números) un siglo corto, de setenta y cinco años, que va de 1914 a 1989, marcado por las dos guerras mundiales (seguramente las últimas), de las que fueron consecuencia la revolución y el estado comunista de Rusia, con la caída del mismo al final, en 1989. (El siglo xix histórico duró más: noventa y nueve años, desde la derrota de Napoleón en 1815 hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914).

Otra cosa. El siglo xx fue un (¿el?) siglo estadounidense. Al lector actual no le sorprenderá esta afirmación; pero sí le habría sorprendido al de antes de la Primera Guerra Mundial, e incluso al de antes de la segunda. No nos sorprende oír o leer que el siglo que va de 1914 a 1989 (e incluso más allá) ha sido un siglo estadounidense, del mismo modo que el xix fue en gran medida británico, y el xviii francés. Esto se refiere no solo a la fuerza militar, al poderío naval y a las posesiones imperiales, sino también a otro tipo de influencias, aunque el poderío militar y naval sea lo que más cuente. Los acontecimientos decisivos del siglo xx, las dos cordilleras que determinaron en gran parte su paisaje, fueron las dos guerras mundiales; la segunda consecuencia en buena medida de la primera, y la llamada guerra fría casi enteramente consecuencia de la segunda. Sin su alianza militar con Estados Unidos, Gran Bretaña y Rusia no hubieran podido, ni aun combatiendo juntas, ganar la Segunda Guerra Mundial; sin la entrada de Estados Unidos en la primera, los británicos y los franceses tampoco hubieran podido ganarla, al menos no en 1918. Pero estas alianzas hablaban de algo más que de poderío militar, marítimo y aéreo. Hablaban del fin de la Edad Europea. Algunos europeos lo habían reconocido ya antes de 1914, al percibir en el mapamundi que Europa era solo una península de Asia.

Los británicos -sus gobiernos sucesivos ante todo, pero también buena parte de la prensa- consideraron que debían tener buenas relaciones con Estados Unidos, y aceptar su supremacía en determinados lugares y circunstancias (algo que casi nunca habían hecho antes de 1914). Todavía en 1895 hubo una pequeña crisis entre Washington y Londres a propósito de Venezuela. Pero menos de tres años después, en 1898, el gobierno y la prensa británicos apoyaron, casi sin excepción, la decisión de Estados Unidos de ir a la guerra contra España (una guerra que provocó el primero).

Desde entonces, y a lo largo de todo el siglo xx, nunca el gobierno británico se ha opuesto con firmeza a Estados Unidos. Durante los cincuenta años anteriores a 1914, creció la influencia estadounidense en la vida británica. Sir James Bryce, que fue embajador en Estados Unidos y conocía bien este país, llegó a escribir (en su libro *The American Commonwealth*): “Estados Unidos se ha anticipado en algunos aspectos a las naciones europeas. Está transitando antes por caminos que ellas seguramente seguirán”. En buena medida, en cosas que iban más allá (o por debajo) de la política. Por ejemplo, en los innumerables inventos y prácticas estadounidenses; en los países angloparlantes sobre todo, pero también en otros muchos del planeta. Más importante aún: Hitler estuvo cerca de ganar la Segunda Guerra Mundial en 1940. De no haber sido por Winston Churchill y Franklin Roosevelt, lo habría podido conseguir.

Por contra, la presencia y la influencia británicas en Estados Unidos fueron decreciendo. La emigración a este país había tenido como fuente principal las islas británicas, pero el aflujo fue disminuyendo en el medio siglo anterior a 1914, un periodo en el que la inmigración desde otros países europeos no cesó de incrementarse. Theodore Roosevelt, uno de los grandes presidentes de Estados Unidos, era consciente de ello. El “nuevo nacionalismo” por el que abogó no era el nacionalismo que hoy conocemos; se trataba más bien de una exhortación a los que llegaban – procedentes en su mayor parte de los países del este y del sur de Europa– para que se americanizaran lo antes posible. Este llamamiento de Roosevelt tuvo un gran éxito durante casi todo el siglo xx. Hay distintas modalidades de nacionalismo, por supuesto, cada una con sus aspiraciones específicas. Estados Unidos encarna una de ellas. Adelantando uno de los principales argumentos de esta obra, podemos añadir que el nacionalismo (que tiene que

ver con el anticuado patriotismo, pero que en realidad es otra cosa) ha sido el sentimiento político más popular y populista del siglo xx, casi en todas partes. Y lo sigue siendo.¹

Hay un proverbio portugués, profundo y sabio: “Dios escribe derecho con renglones torcidos”. A los no creyentes les puede parecer discutible (a mí no), pero su significado no es que el curso de la historia mundial sea inevitable. Como tampoco lo es la historia de Estados Unidos. La historia no consiste en una infinidad de posibilidades, pero la realidad que hay detrás, durante o antes de cada acontecimiento humano está teñida de una potencialidad diferente. Por ejemplo, Alemania tenía la potencialidad de convertirse en la nación más poderosa del siglo xx. Hitler dijo una vez, hacia el final de su vida, que él era “la última esperanza de Europa”. (Valiente esperanza).² Pero, por más que lo dijera, no pensaba en sí mismo como europeo. (Ni entendió lo mucho que Gran Bretaña dependía de Estados Unidos). Se cuenta que Otto von Bismarck, cerca ya del final de su vida, afirmó que el factor más importante del siglo xx sería el que los estadounidenses hablasen inglés.

Sea como fuere, la posibilidad de que Alemania se convirtiera en la potencia mundial dominante existió. Hubo ingleses y escoceses que, aunque no fueran muchos, abogaron por una alianza británica con Alemania (algunos por motivos raciales). Y en el pueblo estadounidense -así como en ciertos líderes- existía un acusado sentimiento antibritánico, aunque a la larga apenas tuviera efecto. Pero cuando se mira la historia de Europa, en especial la anterior a 1945, se aprecia que mucho de lo que pasó pudo haber sido diferente. El impacto y la influencia de Alemania -tanto en lo militar como en lo político, tanto en lo ideológico como en lo cultural e intelectual, tanto en lo industrial como en lo tecnológico- se mantuvieron pujantes en 1900, en 1914, e incluso después de la Primera Guerra Mundial, que Alemania

estuvo cerca de ganar (y la segunda todavía más, al menos entre 1939 y 1942). La primera fue casi en exclusiva una “guerra europea” (como la llamó oficialmente el gobierno británico). La segunda se llevó a cabo también en otros continentes y en otros océanos; pero, contra lo que preferían muchos estadounidenses, sus dirigentes políticos y militares decidieron desde el principio, de manera acertada, que la derrota de Alemania por los aliados tenía prioridad sobre la guerra de Estados Unidos contra Japón, que vendría después. Con todo, ochenta millones de alemanes hicieron frente a casi quinientos millones de británicos, estadounidenses, franceses y rusos; sobre todo en Europa, donde llevó casi seis años vencerlos.

En extremo Oriente podrían aducir que la Segunda Guerra Mundial no empezó en septiembre de 1939 en Polonia, sino en septiembre de 1931 en China: en ese mes, los ejércitos japoneses avanzaron desde Manchuria y Corea hasta China propiamente dicha, invadiendo y ocupando sus principales ciudades costeras, penetrando en el interior del país durante los siguientes diez años... y provocando al final la guerra entre Japón y Estados Unidos. Aunque esta perspectiva no deja de quedarse corta. La ambición japonesa de establecer su imperio a lo largo del extremo este del continente asiático existía desde antes de 1931. Fue algo inseparable del movimiento que también antes de ese año surgía por doquier: el del anticolonialismo, buena parte del cual se debía a los sentimientos cada vez más encontrados de los británicos y los franceses, así como de otros pueblos europeos, que se resistían a extender, e incluso a mantener, algunas de sus colonias de ultramar, la mayoría adquiridas durante el siglo XIX. Tuvo más importancia que los japoneses saludaran en 1939 el estallido de otra guerra en Europa.

En este punto debo insistir en una obviedad. Las dos guerras mundiales se desencadenaron en Europa. Los

historiadores llevan cerca de cien años debatiendo los acontecimientos de 1914, los orígenes de la Primera Guerra Mundial, las decisiones en cascada que condujeron a su estallido, el papel que desempeñaron estadistas y gobiernos enteros... La Segunda Guerra Mundial, en cambio, se debió a un solo hombre: Adolf Hitler. De no haberla iniciado este en 1939, ¿se habría producido otra guerra en Europa unos años después? Quizá. De no haber conquistado buena parte de Europa, ¿se habría producido una guerra entre Estados Unidos y Japón unos años después? Quizá. Pero decir "quizá" no es lo mismo que desplegar la potencialidad oculta de un determinado hecho real.

Con lo anterior en mente, permítame el lector una pregunta: ¿fue el siglo xx más corto aún de lo que me parece a mí (y presumo que les parece a otros)? ¿Y si no hubiera terminado en 1989, sino en 1945? He escrito que el paisaje histórico del siglo xx estuvo dominado por las dos grandes cordilleras de las guerras mundiales. Pero la edad de las guerras mundiales concluyó en 1945. Es posible que no haya más guerras así. Después de todo, se ha producido un cambio en la estructura misma de la historia internacional. Las guerras posteriores a 1945 han sido más reducidas; aunque la talla es lo de menos. Lo de más es que se han producido con mayor frecuencia entre naciones o tribus que entre estados. La existencia de las naciones precedió a la formación de los estados; pero las primeras sobrevivirán a los segundos, ocasionando todo tipo de problemas.

A partir de 1945 ha habido otros cambios decisivos en la historia del mundo. Casi todas las guerras han sido guerras no declaradas. Algunas se han llevado a cabo principalmente desde el aire. Estados Unidos se había convertido en la única superpotencia mundial. A partir de 1945, la mayoría de la gente (también en Estados Unidos) llegó a pensar que el panorama político mundial estaba

dominado por dos superpotencias -una comunista y otra no- que luchaban por controlar la mayor parte del globo. Pero no era así. (Después de su visita a la Unión Soviética en 1966, el general De Gaulle señaló que en el mundo no había más que una superpotencia: Estados Unidos). Pero no fue la presión estadounidense la que llevó a la disolución de la Unión Soviética, sino la fragmentación retardada del imperio ruso; algo que se relaciona con el hecho de que cada vez tenga menos sentido un comunismo internacional.

Mientras tanto, no dejaba de crecer la presencia de Estados Unidos; quizá incluso en mayor medida que su poder real. Las numerosas bases militares que este país tenía en el mundo empezaron a reducirse en 1945, con la desmovilización y el regreso a casa de sus soldados; pero la guerra fría (junto con otras causas) revirtió la tendencia. En 1956, Estados Unidos tenía ya más de ciento cincuenta bases, entre terrestres, navales y aéreas, repartidas por el planeta. En ese año, el partido republicano las jaleó en su programa, llamando a una presencia militar estadounidense "en todo el mundo". Cuando la guerra fría con la Unión Soviética tocó a su fin, existían más de novecientas bases (que se mantienen). No parece probable que un presidente de Estados Unidos, ni siquiera un secretario de Defensa, sea capaz de enumerarlas todas. Aunque resulte extraño, solo una pequeña parte de la población estadounidense ha sido alguna vez consciente de ellas; al contrario de lo que pasaba un siglo antes con los ciudadanos de Gran Bretaña, Holanda, Portugal, Francia o Italia, una parte importante de los cuales, por no decir la mayoría, había estado orgullosa, o al menos a favor, de las posesiones coloniales de sus países.

Con los estadounidenses fue distinto. La presencia de sus bases en el exterior tenía poco, por no decir nada, que ver con la riqueza natural de las posesiones coloniales de que habían gozado los europeos. Al mismo tiempo, la mayoría

de los estadounidenses apoyó las guerras en el extranjero que llevaron a cabo sus soldados durante la guerra fría y después. Fue algo razonable en el caso de la guerra de Corea, de 1950 a 1953; pero menos en el de las intervenciones militares estadounidenses en Oriente próximo, Vietnam o Irak, durante las cuales disminuyó el apoyo de los estadounidenses a las campañas costosas. Un síntoma significativo de la naturaleza excepcional del carácter estadounidense fue su actitud generosa hacia sus antiguos enemigos: los japoneses, los alemanes, los vietnamitas, etcétera. También hay que resaltar la ausencia general de autosatisfacción por la caída de la Unión Soviética, que comenzó en la década de 1980; y esto a pesar de todas las declaraciones previas de Ronald Reagan, nacionalistas y pomposas.

El que la Segunda Guerra Mundial no desembocara en otra guerra entre las grandes potencias se debió también a que los estadounidenses, los británicos y los europeos continentales aceptaron -no sin inquietud- la división de Europa en 1945. (Algo que se debió también a Stalin y sus sucesores, y que entraba dentro de sus cálculos).

Esta fue asimismo la razón fundamental por la que Stalin evitó una guerra con Estados Unidos. Su empeño estaba en dominar la mayor parte de Europa oriental, solo eso. A propósito de la voracidad de Rusia, Churchill le dijo a De Gaulle en noviembre de 1944: “Pero después de comer, tendrá que hacer la digestión” (con las molestias consiguientes). Algo que Stalin reconoció hacia el final de su vida. En octubre de 1952, propuso un acuerdo mediante el cual se retirarían las fuerzas soviéticas y las estadounidenses tras una reunificación de Alemania, que permanecería “neutral” (uno de los grandes temores de Stalin era una alianza entre Estados Unidos y Alemania). Murió unos meses después. Al poco, la propia Rusia empezó a deshacerse de sus conquistas de 1945. En 1955, renunció

a las bases que tenía en Austria y Finlandia (así como a las de China), y llegó a un acuerdo con Yugoslavia. Se quedó sorprendida, y consternada, con la revolución de Hungría de 1956 y con el ascenso del nacionalismo en Polonia. Este repliegue del poder ruso en Europa oriental continuó, gradualmente aunque con interrupciones, hasta la desaparición de la Unión Soviética en 1989.

Los sucesivos gobiernos estadounidenses, al igual que la mayoría de la población, se mostraron más bien reacios a reconocerlo. En 1959, el líder de la Unión Soviética, Nikita Jruschov, visitó Estados Unidos para hablar con el presidente Dwight Eisenhower, con la intención sobre todo de pedir (entre otras cosas, propuso que Estados Unidos y Rusia colaboraran contra la China comunista). El anfitrión estadounidense -que catorce años antes había sido uno de los que con mayor entusiasmo habían propuesto la amistad con la Unión Soviética- recibió a su huésped ruso con la cara larga y sin demasiado interés. Para 1952, anticomunismo y nacionalismo estadounidense eran ya sinónimos. Consecuencia de lo cual fue el ascenso en Estados Unidos del movimiento "conservador", un calificativo político que hasta entonces había sido impopular entre los estadounidenses, pero que en treinta años muchos iban a preferir al de "liberal".

Muy diferente fue la historia del llamado "Tercer Mundo" (un término muy impreciso) a partir de 1945. La oposición al colonialismo formó parte del credo de Estados Unidos desde sus orígenes. La pérdida de las colonias por parte de Gran Bretaña, Francia, Holanda, Bélgica, Portugal e Italia constituyó un factor poderoso, aunque en general indirecto, en el rápido declive de la Edad Europea. También las perdió Japón, por supuesto. Hasta 1945, casi toda África era, de un modo u otro, colonia europea. Veinte años después, prácticamente no quedaba ninguna en ese continente inmenso; ni tampoco en Asia. En Oriente próximo, el imperio

otomano había perdido en 1920 casi todas sus posesiones contiguas de población no turca. Y a partir de 1990 pudieron apreciarse cesiones parecidas con antiguos territorios de la Unión Soviética.

Pero es un error declarar o considerar que el anticolonialismo, o la ausencia de colonialismo, tuviese que ver con la extensión de la democracia por el mundo. Durante la guerra fría, y al margen de su implicación o no en ella, algunos lugares, como ciertos estados y naciones de América Latina, llegaron a instaurar regímenes comunistas o procomunistas. En Europa esto no ocurrió fuera de la zona de influencia rusa (con la excepción de Yugoslavia). Pero Cuba y otras pequeñas excolonias españolas que le siguieron fueron los principales ejemplos de tales regímenes comunistas. En ocasiones seguían de un modo absurdo el patrón bajo el que se habían desarrollado las revueltas contra el colonialismo, ocurridas casi todas a partir de 1815, tras las guerras revolucionarias francesas y las napoleónicas. El propósito declarado era afirmar la independencia nacional, aunque sus motivaciones fuesen casi siempre más oscuras.

En Cuba, lo que movía ante todo a Fidel Castro y a sus partidarios (así como a otros dictadores de América Latina) no era el comunismo, sino el antiamericanismo. Habla bien de Estados Unidos el que, con excepción de algunos episodios clandestinos, breves y en pequeña escala, se abstuviera de reprimir militarmente a estos gobiernos perturbadores e irresponsables. Castro y los demás no tardaron en comprender que la ayuda que podían esperar de la Unión Soviética era insignificante. En 1962, cuando Jruschov aceptó las desesperadas peticiones de Castro de que instalase en Cuba misiles de alcance medio (controlados por Rusia) para prevenir una posible invasión de Estados Unidos, la reacción firme de este país, con bloqueo naval incluido, puso fin al insensato episodio. La

presencia rusa en América se desvaneció casi inmediatamente. Una de sus consecuencias fue la destitución de Jruschov por el Politburó menos de dos años después; otra, una mejora general, aunque irregular, de las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética a lo largo de los veinticinco años siguientes.

Las relaciones de Rusia con China fueron, como siempre, otro cantar. En 1945, China no era una de las grandes potencias mundiales, aunque el presidente Roosevelt declarase que sí. Como había sucedido tantas veces, China, pese a su enorme tamaño y su ingente población, constituía una especie de vacío geopolítico. Los japoneses la habían abandonado para siempre y los británicos también estaban haciendo las maletas, no solo en China. El gobierno chino, presidido por Chiang Kai-shek (cuya derrota final no debería oscurecer su talento ni sus méritos políticos), dependía en gran parte de Estados Unidos. Pero a partir de 1945, el interés de Washington y el ejército estadounidense estaba en qué hacer, y dónde situarse, en el Pacífico occidental, incluido el mar de China. No se involucraron, salvo de un modo muy tangencial, en la guerra civil china entre los nacionalistas de Chiang y los de Mao Zedong (también nacionalistas a su modo), que terminarían ganando en 1949.

Resulta significativo que los rusos optaran por no implicarse tampoco. Los comunistas chinos recibieron poca o ninguna ayuda de Stalin, y menos aún de sus sucesores. El propio Stalin nunca pensó, hasta que ya era tarde, que los comunistas chinos fuesen a ganar su guerra civil: mantuvo relaciones formales con Chiang Kai-shek hasta casi 1949. En torno a 1970 hubo combates esporádicos entre tropas rusas y chinas a lo largo de sus ríos fronterizos. Por entonces, el gobierno de Estados Unidos, encabezado por Richard Nixon y su secretario de Estado, Henry Kissinger, decidió mejorar radicalmente las relaciones con China.

Pocos años después desapareció Mao, y sus sucesores terminaron con las prácticas comunistas que seguían vigentes en la vida cotidiana y en la economía de su enorme país, al tiempo que mantenían el monopolio del partido comunista en la política interior. ¿Importó esto mucho a la larga? Durante más de doscientos años, y bajo las diversas circunstancias políticas, Estados Unidos se ha hecho ilusiones sobre China; entre otras, ilusiones económicas y materiales. La historia no se repite, aun cuando las ilusiones históricas e ideológicas persistan más de la cuenta.

Pero por debajo y por encima de estos grandes acontecimientos que han afectado a la vida diaria y al destino de miles de millones de personas en todo el planeta, ha habido un avance (en parte al menos) de la democracia. Lo que sigue es un resumen esencial, aunque insuficiente.

La Edad Europea ha terminado y, con ella, uno de sus logros preciosos y frágiles: la democracia liberal. Esta ha sido (y en muchos lugares sigue siendo) la que, aliada a menudo con la monarquía parlamentaria, ha instaurado las libertades y ha garantizado la propiedad para cada vez más ciudadanos desde hace dos e incluso tres siglos. La mencionada monarquía parlamentaria ha menguado en el siglo xx; con frecuencia porque Estados Unidos, aun después de que se haya desvanecido su oposición tradicional a la monarquía, no ha apoyado este tipo de gobiernos.³

Para todo el mundo, Estados Unidos era la encarnación de la idea de progreso, y de la mismísima Edad Moderna. Pero ya en el siglo xx había señales de que esta se hallaba en retirada, de que ese siglo era de transición, desde la Edad Moderna (o Europea, por decirlo de manera más precisa) hacia otra cosa. En este punto conviene tener en cuenta la gran visión, plena de sentido común, de Alexis de Tocqueville. Hace casi dos siglos, también él conocía la división, aún vigente, de la historia de nuestros antepasados en las categorías habituales: antigua (sobre todo griega y

romana), media y moderna (europea ante todo, y después estadounidense). Pero su visión tuvo un alcance más amplio y más profundo: la era de la democracia, incipiente entonces, suponía sustituir el dominio de las minorías por el de las mayorías; es decir, evolucionar desde las edades aristocráticas hacia una edad democrática. Y vio también que esto, en vez de simplificar, complicaba la estructura de las sociedades: la de sus políticas, la de sus acontecimientos y hasta la de su reconstrucción histórica. Resulta posible averiguar lo que un gobernante o unos gobernantes determinados quieren; pero lo que quiere “la gente” ya está un paso separado de la realidad: sus decisiones políticas y sociales se deben casi siempre a lo que otros dicen o hacen en su nombre. Una discusión acerca de este asunto queda fuera, por supuesto, de la presente historia mínima del siglo pasado, con su maremágnum de problemas y logros.

“Conservador” y “liberal” son denominaciones ideológicas del siglo XIX, y su uso en la actualidad es cada vez más impreciso, cuando no carente de sentido. En cualquier caso, los avances y los traumas del siglo XX comprenden el desarrollo de la tecnología; o, mejor, de la mecanización progresiva de las actividades y las impresiones cotidianas. Esto tiene sus peligros particulares, tanto en el plano real como en el potencial. Un ejemplo: a partir de 1945 se hizo posible para una gran parte de la humanidad el destruirse a sí misma y a su mundo. Sin embargo, no ocurrió. De hecho, el lanzamiento militar estadounidense de bombas atómicas sobre dos ciudades japonesas, en agosto de 1945, contribuyó -pese a sus horrores- al fin de la Segunda Guerra Mundial. Aunque en la Primera Guerra Mundial hubo matanzas y deportaciones de cientos de miles de personas (como las de los armenios en Turquía), en la segunda el asesinato sistemático de muchos más millones, entre ellos casi cinco millones de hombres,

mujeres y niños judíos, fue ordenado y llevado a cabo por los alemanes, probablemente el pueblo con un mayor nivel de formación de Europa. Cuando el nacionalismo sustituyó a las versiones antiguas del patriotismo (todo patriota tiene algo de nacionalista, pero pocos nacionalistas son verdaderos patriotas), se buscó enemigos entre los conciudadanos. Así, desde la década de 1940, numerosos estados y naciones han asistido a la emigración de millones de personas. No podemos saber si la progresiva mezcla de pueblos diferentes va a desembocar en una nueva forma de internacionalismo. La soberanía popular -deudora a menudo, por desgracia, del sentimiento nacionalista- es hoy el fundamento de la mayoría de los gobiernos.

Pero el presente libro trata de la historia del siglo xx, no de la del xxi.

II

'YA SOLO HAY GUERRAS ENTRE PUEBLOS'

Una guerra europea - 1914: ¿una guerra corta? - Pero naciones enteras se lanzaban unas contra otras - Todavía una guerra entre estados - Mediocridad de la mayoría de los generales - Rusia se retira de la guerra - Comunismo: un episodio de setenta años en los más de mil de historia rusa - La complicada historia de la entrada de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial

La primera guerra mundial no fue la que empezó en 1914. Si entendemos por “guerra mundial” una guerra entre grandes potencias llevada a cabo en más de un continente y en los mares, ya las hubo entre Inglaterra, España y Francia a lo largo de los cuatro grandes siglos (del XVI al XIX) en que Europa se desarrolló y se extendió por buena parte del planeta. Pero el gobierno británico acertó cuando llamó “guerra europea” a la de 1914. A diferencia de las anteriores guerras de ultramar, y a diferencia también de la Segunda Guerra Mundial, la de 1914 fue una grandísima guerra, que con escasas excepciones tuvo lugar en el continente europeo. Sus consecuencias fueron enormes. Entre ellas, la caída de cuatro grandes imperios europeos, una modificación sin precedentes del mapa de Europa y la creación de muchos estados nuevos, algunos de los cuales se mantienen hasta hoy. Pero, junto con estos cambios, y de un modo más decisivo, estuvo la profunda conmoción que